

23. ADORANDO CON EL CUERPO

Propósito del sermón: Mostrar que así como en el antiguo testamento, Dios exigía que el cordero fuera sacrificado, él; requiere que presentemos nuestros cuerpos como sacrificio vivo.

Texto Bíblico: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1,2).

INTRODUCCIÓN

La adoración a Dios en el Antiguo Testamento era dirigida por los sacerdotes, descendientes de Arón. Hoy, el pueblo de Dios se constituye en un sacerdocio. Todos somos sacerdotes (I Pedro 2:5).

Éxodo 29 describe la consagración de los sacerdotes del antiguo testamento, en una ceremonia que tipificaba la experiencia espiritual de los creyentes hoy – El Bautismo. El sacerdote era lavado con agua, nosotros también fuimos lavados en las aguas bautismales (I Corintios 6: 9-11). Ellos estaban vestidos con vestimentas especiales, nosotros también fuimos vestidos con la justicia de Cristo (II Corintios 5:21). Los sacerdotes eran ungidos con aceite en la punta de la oreja derecha (oír la voz de Dios), en el pulgar de la mano derecha (para hacer la obra del Señor) y en la punta del dedo del pie derecho (andar por los caminos del Señor), de igual manera fuimos ungidos con el Espíritu Santo (I Juan 2:27), para ofrecernos a Dios “Sacrificios espirituales”.

Los sacrificios espirituales no son necesariamente sacrificios inmateriales, aunque algunos lo sean. La palabra significa – “de una cualidad espiritual, relacionada con el Espíritu”. Si lo que ofrecemos es dado con sinceridad a Dios, en el Espíritu, por medio de Jesús, entonces nuestras dádivas son aceptas como sacrificios espirituales. Es el carácter y la actitud del donador lo que torna significativa la ofrenda. En la iglesia primitiva el Espíritu Santo inspiraba dos especies de dádivas: la de la vida y la de los bienes.

Hoy, cuando la iglesia se reúne para adorar a Dios, debemos ofrecerle tres tipos de sacrificio:

- de nuestro propio cuerpo
- de loor
- sacrificios materiales

Sin esos tres tipos de sacrificio, o aún uno de los tres, no hay adoración a Dios; podemos dar el nombre que queramos, menos de adoración.



Sacrificio del propio cuerpo (Romanos 12:1). Según la economía judaica de adoración el adorador debería traer a Dios un animal vivo y entonces sacrificarlo al Señor. Podemos llamarlo de un sacrificio muerto, ya que la víctima no volvía a la vida. Sin embargo, según el sistema de adoración del nuevo testamento, nosotros mismos somos sacrificios, solo que sacrificios vivos, capaces de vivir para honrar y glorificar a Dios.

Nuestro gran desafío, o sacrificio, no es entregarnos a la muerte por amor a Jesús, mas vivir con Jesús con el propósito de alabarlo y glorificarlo. Morir por Jesús es cosa de un momento, mas vivir con Él es obra de toda una existencia. El gran sacrificio no es morir, mas vivir con Jesús.

I. LA RAZÓN PARA PRESENTAR NUESTRO CUERPO EN SACRIFICIO VIVO

1. A causa de la “inmensa bondad de Dios” (Romanos 12:1).

Esto quiere decir que impresionados por el gran amor de Dios, por lo que Él hizo por nosotros, debemos ofrecerle nuestro cuerpo en sacrificio vivo, santo y agradable.

¿Qué hizo Él?

- a) Nos salvó (Romanos 3:21 – 5:21).
- b) Nos Santificó (Romanos 6:1-8:7).
- c) Nos Garantizó la gloria futura (Romanos 8:17-39).

En respuesta a todas esas bendiciones, somos llevados a ofrecerle nuestros cuerpos, en otra época, instrumentos del pecado Romanos 6:13, agentes de ejecución de los deseos de la carne, sin embargo ahora libres para adorar a Dios (Romanos 6:19,20).

2. Porque el amor de Cristo nos constriñe (II Corintios 5:14-15).

Esta es la consecuencia lógica que debe acontecer después de nuestra aceptación de la muerte de Cristo. Siendo que Él murió

en nuestro lugar, ya no podemos continuar viviendo para satisfacer nuestras propias ambiciones. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio (I Corintios 6:19,20).

En realidad podemos continuar viviendo egoístamente: Ningún obstáculo físico nos lo impide y muchos cristianos lo hacen. El impedimento es de orden moral: ¿Es normal continuar viviendo como vivíamos? ¿Estaremos siendo honestos con nosotros mismos?

Aceptamos la cláusula del contrato que nos favorece: Cristo, muerto en nuestro lugar, nos libra de la condenación divina, sin embargo rechazamos la que nos impone obligaciones: puesto que estamos muertos para el pecado juntamente con Cristo, no podemos continuar viviendo en pecado (Romanos 6:1).

La única actitud razonable, consecuente es la de ofrecer cuerpo y alma a Aquél que nos amó tanto al punto de dar Su propia vida por nosotros.

“Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los



mueertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:13).

II. SIGNIFICADO Y FRECUENCIA DEL SACRIFICIO VIVO

1. Significado Transformación.

Pablo usa el término griego *metamorphosis* en dos pasajes de sus cartas. La primera aparece en Romanos 12:1, 2 y la segunda en 2 Corintios 3:18. Esos dos pasajes se encuentran en un contexto de adoración. Pablo afirma que somos transformados durante el proceso de la adoración que prestamos a Dios. Afirma que aquello que le aconteció a Jesús cuando Él adoraba al Padre, puede acontecernos también en el plano espiritual. Sin embargo eso no es automático; es condicional:

- a. Necesitamos aproximarnos de Dios “con el rostro descubierto”, o sea, presentarle nuestro “cuerpo en sacrificio vivo”. Comparecer delante del Señor con la decisión de sacrificarle nuestra voluntad, nuestros deseos, para que la voluntad de Él sea hecha en nuestra vida.
- b. Otra condición para ser transformados es contemplar la gloria del Señor. Solo así recibiremos el poder necesario para la transformación. Por sí solas, la oración y el estudio de la biblia, no mudan nuestra naturaleza, no reproducen en nosotros la imagen de Dios. Si contemplamos a Jesús mientras oramos o leemos la biblia, entonces podemos ser transformados.
- c. Eso lleva tiempo. Esta obra es progresiva: “de gloria en gloria”. El adorador es elevado al nivel de gloria que él ve en Dios. Apenas percibimos una nueva característica de la naturaleza de Dios y la

contemplamos en adoración, somos transformados de acuerdo con ese aspecto de Su carácter. Somos transformados paso a paso, de fe en fe, de fuerza en fuerza y de gracia en gracia.

Nuestro gran desafío, o sacrificio, no es entregarnos a la muerte por amor a Jesús, mas vivir con Jesús con el propósito de alabarlo y glorificarlo. Morir por Jesús es cosa de un momento, mas vivir con Él es obra de toda una existencia. El gran sacrificio no es morir, mas vivir con Jesús.

2. Frecuencia – Diaria.

El ritmo de la metamorfosis es determinado por nosotros, los adoradores. Mientras más contemplemos la gloria de Dios, más rápidamente seremos transformados a la imagen de Él. Si diariamente buscamos la presencia del Señor, experimentaremos cambios diarios en nuestro vivir. Lo que va a determinar el ritmo de nuestro crecimiento espiritual será nuestra constancia en la adoración, y no en un acto arbitrario de Dios.

Jesús experimentó esa transformación al entregarse diariamente al Padre. Es por la dádiva de nosotros mismos, renovada día a día, que comienza nuestro culto. Cada palabra, cada acción nuestra, se convierte en un acto de culto. A partir de ese momento, el culto de sábado no es más que un aspecto de ese culto propio que le ofrecemos a Dios todos los días de nuestra vida, es apenas un momento que separamos cada semana para expresar lo que se ha convertido en el motor de nuestra propia vida personal. Es un acto simbólico que representa el don de todos nuestros días, de todo nuestro tiempo, de todas nuestras fuerzas y de nosotros mismos a Dios.



Si esta ofrenda de nuestro cuerpo en sacrificio a Dios no tiene lugar durante la semana, nuestro culto de sábado no será más que una, comedia, será algo de poco valor. No será algo consistente, de calidad. No podemos olvidar que Dios no ve como ve el hombre, Él ve el corazón (I Samuel 16:7).

Si el sábado vamos a adorar al Señor y el resto de la semana sacrificamos, como todo el mundo, nuestro tiempo, nuestras fuerzas y dinero a los ídolos actuales, desmentimos, con nuestra vida cotidiana, el culto que pretendemos dar únicamente a Dios. Este culto solo será auténtico si nuestra manera de vivir es radicalmente distinta de la manera de vivir del resto del mundo.

III. EJEMPLOS DE SACRIFICIOS VIVOS

1. Tres ejemplos de sacrificio vivo.
 - a. Isaac era un joven cuando fue con su padre Abraham al monte Moriá y allí fue ofrecido como sacrificio. Isaac estaba dispuesto a morir, así él y su padre obedecieron al Señor. Isaac no murió pues el propósito de Dios era probar el amor de Abraham y no quitar la vida de su hijo. Cuando Isaac fue desatado y quitado del altar, fue como una resurrección, un retorno a la vida (Hebreo 11:17-19). Desde este momento en adelante Isaac se tornó un sacrificio vivo.
 - b. Jesús, sin embargo tuvo que morir, ¡más venció la muerte! No se proveyó un sustituto. Cuando nuestro Señor salió de la Tumba, se tornó un sacrificio vivo. Ahora Él vive para ministrar su pueblo y para

perfeccionarlo en santidad (Hebreo 13:20,21).

- c. Nosotros a semejanza del Maestro, morimos y fuimos sepultados para el mundo, en las aguas bautismales, pero resurgimos para vivir una nueva vida con Cristo. De este modo somos también sacrificios vivos.
2. Características de una persona que es un sacrificio vivo.
 - a. Es obediente al Padre.
 - b. Está dispuesto a dejar todo.
 - c. No se queja ni argumenta.
 - d. No exige explicaciones.
3. Quien Se Sacrifica Se Humilla.

Durante los 30 años de anonimato, Jesús llevó una vida armoniosa con Sus ocupaciones familiares, sociales y profesionales. Jesús vivió tres años y medio de ministerio público en este mismo espíritu. Podía decir: “porque yo hago siempre lo que le agrada” (S. Juan 8:29). Su oración en el Getsemaní deja claro cuál era Su actitud ante la vida: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26:39, 42). Esta escena es el ejemplo supremo de culto y adoración. Con el propósito de obedecer es un acto de culto; sin ella no podemos agradar a Dios.

Adorar, es humillarse delante de Dios. La rendición de la propia voluntad está incluida en toda adoración auténtica.

La humillación de sí mismo y la exaltación de Dios son la esencia de la adoración. Aun así, los creyentes desarrollaron la increíble capacidad de adorar al Señor sin sacrificar



su YO, su egoísmo. ¿Cómo puedo decir: Exalto al Señor, si no me humillo?

Sin duda, el mayor problema que debilita la adoración, es probablemente su mayor estorbo, el egoísmo. El egoísmo es el culto al YO, la idolatría al YO. Exige que mi voluntad sea satisfecha sin importar la Voluntad de Dios.

Si el creyente cree que el reino de Dios permanecerá cuando este mundo se deshaga como humo, entonces él se entregará con todos sus bienes a la causa de Dios. El ejemplo de eso es María Magdalena (Lucas 7:369).

“La benevolencia abnegada y constante es el remedio de Dios para los pecados roedores del egoísmo y de la codicia. Mandó que se adquiriera el hábito de dar, a fin de contrarrestar el peligroso y engañoso pecado de la codicia” (HC. p. 335).

“Dios se deleita en honrar la ofrenda del corazón que ama, dándole la mayor eficacia en su servicio. Si hemos dado nuestro corazón a Jesús, le traeremos también nuestros donativos. Nuestro oro y plata, nuestras posesiones terrenales más preciosas, nuestros dotes mentales y espirituales más elevados, serán dedicados libremente a Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros” (DTN. p. 46).

CONCLUSIÓN

El reino de los cielos también es semejante a alguien que negocia y busca buenas perlas; y cuando haya una perla de gran valor, vende todo lo que tiene, y la compra (S. Mateo 13:45-46).

Algún tiempo atrás, en las Filipinas, ocurrió la muerte trágica de un joven pescador de perlas en una de las islas del sur. El joven filipino tenía apenas 18 años de edad. Él estaba en el mar y, de alguna forma, una ostra gigante cerró la concha sobre uno de los pies del joven, que quedó preso hasta ahogarse. Cuando el cuerpo de él y la ostra fueron llevados para la superficie, se descubrió dentro de la concha la mayor perla ya encontrada. Indudablemente, fue vendida por un precio fabuloso, mas su precio debería haber sido calculado envolviendo más que dinero. ¡Costó la vida de un joven!

La perla de gran precio en nuestro texto representa a Cristo y Su reino. A fin de adquirirla, debemos entregar nuestra vida. Jesús explicó esa verdad así: "El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará" (Mateo 10:39). Eso parece contradictorio, pero en realidad no lo es. Jesús estaba usando "vida" en dos sentidos: (1) Esta vida terrena, con sus placeres, relacionamientos sociales y recompensas; y (2) la vida de felicidad por venir, que no tendrá fin.

En otra ocasión, Jesús declaró: "Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible". "De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo y en el siglo venidero la vida eterna (Mateo 19:29). Marcos, en su evangelio, enseña que aun en esta vida hay ventajas en renunciar a placeres, relaciones sociales y recompensas del mundo por amor a



Cristo y Su reino - paz de espíritu y nuevos y mejores amigos, por ejemplo. Mas la mayor recompensa será vivir con Jesús para siempre (ver S. Marcos 10:28-29).

Esté dispuesto a renunciar a todo, incluso a esta vida terrena si es necesario, a cambio de la Perla de Gran Precio. ¡Vale la pena!

Es fácil seguir a Jesús queriendo apenas sus bendiciones, en la expectativa de que Él va a solucionar todos los problemas. Seguirlo así es seguirlo según el otro evangelio, el evangelio de la prosperidad; y los que piensan así ciertamente tendrán que oír del Señor: “Las zorras tienen guarida y las aves del cielo, tienen nido, más el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza”. Pagar el precio es lo que establece el Señor: “Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Amén.

[Volver al Índice](#)

